

SUBCLASES DE PALABRAS, CAMPOS SEMÁNTICOS Y ACEPCIONES

I

Querría en este trabajo poner en relación, tentativamente al menos, diversos conceptos que se emplean en el estudio semántico de manera más bien aislada y sin coherencia. Me refiero a las subclases de palabras, que otros llaman clases, denominando clasema el conjunto de semas o rasgos distintivos comunes a las unidades que las integran; a los campos semánticos; y a las acepciones. Son los tres principales instrumentos con que contamos para analizar y clasificar los significados a niveles inferiores a los sintácticos. Se nos presenta automáticamente el problema de sus posibles conexiones o implicaciones o de su radical o parcial independencia. Y, naturalmente, el de la relación de las diversas unidades de significado con los hechos sintácticos, tema éste más explorado, aunque nunca teniendo simultáneamente en cuenta esos tres tipos de unidades de significado.

Pero no conviene, pensamos, en este terreno, proceder mediante conceptos y análisis elaborados en abstracto, sino más bien poner en conexión ciertos problemas y principios teóricos con datos procedentes de una lengua cualquiera o, mejor, de lenguas diferentes. La Semántica estructural está necesitada de más atención sistemática a los hechos y menos apriorismo generalizante. Los datos que sacaremos aquí a colación —muy pocos, dadas las limitaciones naturales a un trabajo como éste— proceden casi todos de la lengua griega: de los materiales recogidos para el *Diccionario Griego-*

Español, de una parte; y de diversas tesis doctorales y otros trabajos realizados bajo mi dirección también sobre Semántica estructural del Griego. Pero interviene siempre un segundo elemento, a saber, la comparación de los análisis semánticos realizados sobre el Griego con los realizados sobre las traducciones españolas de los mismos sintagmas u oraciones. Esta comparación es susceptible de dar luz tanto sobre aspectos generales de la Semántica como sobre otros específicos de una u otra lengua.

Veamos primero, en forma esquemática, algunos de los problemas que habría que resolver en relación con las subclases de palabras, los campos semánticos y las acepciones y que se refieren a veces a puntos en que esas unidades semánticas se interfieren en alguna manera. Pues unidad semántica es, pensamos, una subclase de palabras o un campo semántico o una acepción; una palabra lo es también, pese a hallarse escindida en acepciones, si se descuenta el caso de la homonimia (en que, propiamente, se trata de más de una palabra).

SUBCLASES DE PALABRAS. — En nuestra *Lingüística Estructural* (Madrid, 1969) hemos trabajado con el concepto de subclase de palabras, tomado de la lingüística anglosajona: así hemos calificado a los verbos que tenían en común determinadas construcciones, a los nombres contables y no contables, humanos y no humanos, etc. En realidad, las subclases de palabras eran ya atendidas por la antigua Gramática cuando señalaba, en el Latín por ejemplo, una determinada construcción para los verbos de «entendimiento, lengua y sentido». Su fundamento semántico y su trascendencia sintáctica quedaban perfectamente al descubierto. Pottier ha vuelto a trabajar sobre estas subclases, calificándolas de clases (cosa que yo he evitado para que no haya confusión con clases como el nombre, el verbo, etc.) y llegando a ellas desde las palabras o lexemas que las integran: el conjunto de sus semas genéricos constituyen el clasema, aquello que hay de común en el significado de la clase (subclase para nosotros). Pero ni él ni nadie ha agotado la problemática de estas subclases.

Por ejemplo, es cierto que por arriba limitan con la Sintaxis, que las superiores (tales como «verbo transitivo» o «intransitivo») tienen más bien un significado sintáctico que semántico y que si

se consideran dentro de las estructuras del Léxico es principalmente porque no tienen caracterización formal interna: o sea, que en una lengua de nuestro grupo la subclase «verbo transitivo» está caracterizada por algo que está fuera del verbo, no es una marca interna del mismo. Pero: ¿cuáles son sus límites inferiores? Una primera aproximación nos lleva a identificar las subclases de palabras de contenido semántico más restringido como campos semánticos: por ejemplo, se puede estudiar el campo semántico de los «verbos de voluntad» (con características sintácticas comunes) en Español. Pero tememos que esta caracterización sea insuficiente. De un lado, la noción de campo semántico desborda la de subclase de palabras: los verbos de voluntad, por ejemplo, no pueden estructurarse en un campo que sea independiente del de nombres y adjetivos correspondientes. El campo semántico es común a todos ellos y lo que habrá que ver es en qué medida el sistema de los verbos es o no simétrico a los otros. De otra parte, hallamos dentro de un campo semántico la presencia no sólo de las clases, sino también de las subclases de palabras. Por ejemplo, en la tesis de D.^a Elvira Gangutia sobre el campo semántico *Vida/Muerte en Griego*¹ se hace ver que los adjetivos que significan 'vivo' o 'muerto' y también los sustantivos y verbos correspondientes difieren a veces según se refieran a hombres o animales; y Coseriu en «Pour une Sémantique diachronique structurale» *Travaux Ling. et Litt. Strasb.* 2.1, 1965, pág. 139 sigs. ha señalado cosas semejantes para los adjetivos de edad en Latín y lenguas románicas.

Con esto no acaban los problemas, ni mucho menos. Habría que estudiar en qué medida se puede elaborar un catálogo de subclases de palabras en una lengua cualquiera; en qué medida son fijas y estables; en qué otra se neutralizan en determinadas circunstancias las oposiciones entre subclases; en qué medida las subclases tienen un carácter universal, que rebasa las lenguas particulares, o al menos general, más amplio que una cualquiera de ellas.

CAMPOS SEMÁNTICOS. — El concepto de campo semántico está mejor trabajado: puede verse, por ejemplo, la exposición de H. Geckeler²

¹ Cf. el resumen *Estudios de Semántica estructural referidos al Griego: el campo semántico Vida/Muerte de Homero a Platón*, Madrid, 1966.

² *Strukturelle Semantik und Wortfeldtheorie*, Munich, 1971, pág. 192 sigs.

basada sobre todo en Coseriu. La definición por este autor del campo semántico como «un paradigma léxico que surge de dividir un continuo de contenido lexical en diversas palabras de la lengua entre las cuales se crea una oposición por medio de rasgos distintivos de contenido»³ es plenamente aceptable, aunque conviene añadir que, a diferencia de los paradigmas gramaticales, los lexicales carecen de marcas formales sistemáticas. Pero quedan muchísimos problemas. En primer lugar, los relativos a la relación con las subclases de palabras. Algunos de los rasgos distintivos de las oposiciones incluidas dentro de los campos semánticos son evidentemente clasemas, como hemos anticipado. Pero ¿lo son todos? Entonces el campo semántico sería una estructura formada por intersecciones de diversas subclases de palabras. Campo semántico y subclase de palabras serían dos estructuras diferentes que trabajan con rasgos distintivos idénticos. Esto es dudoso, pues hemos dicho que con frecuencia el campo opera a nivel inferior al de las subclases y, desde luego, al de los clasemas.

Después de este problema fundamental, vienen otros. Hay que señalar los diversos tipos de oposición entre las palabras, mucho menos simples y tajantes, a veces, de lo que se dice⁴. Hay que aplicarse al estudio de los que yo he llamado géneros implícitos y que corresponden a lo que Pottier y Coseriu califican de archisemema desprovisto de archilexema: el procedimiento, aunque justificado, se presta al abuso de introducir clasificaciones no existentes realmente en la lengua, según he criticado en Greimas⁵.

Otro problema muy grave es el de si son palabras completas o acepciones de las mismas las que entran en un determinado campo semántico. La praxis de los estudiosos europeos —los únicos que se han ocupado de campos semánticos— va en el primer sentido: implícitamente admiten la teoría del significado fundamental de las palabras. Pottier concretamente ha establecido la existencia de rasgos virtuales o variables, cuyo conjunto llama virtuema: son aquellos que sólo se dan en determinadas distribuciones. Por tanto, una palabra tiene un núcleo fijo de semas funcionales y a ellos se

³ Cf. Coseriu, «Lexicalische Solidaritäten», *Poetica* 1, 1967, pág. 294.

⁴ Cf. nuestro trabajo «La investigación del significado, tarea de la nueva Lingüística», en prensa, en *Homenaje a Rafael Lapesa*.

⁵ Cf. *Lingüística Estructural*, cit., pág. 521.

añaden, a veces, los virtuales, que vienen a equivaler ya a acepciones, ya a connotaciones (se vacila sobre esto). Así procede Ramón Trujillo en su libro sobre el campo semántico de la valoración intelectual en español⁶. No estoy seguro de que ésta sea la verdadera solución. Pero la radicalmente contraria, a saber, incluir en cada campo semántico solamente acepciones concretas y determinadas de una serie de palabras, resuelve algunos problemas, pero no todos: recuérdese que hablamos de acepciones, cuyos límites son borrosos, y no de homónimos, que evidentemente se integran en campos semánticos diferentes.

Sea cualquiera la solución —o las soluciones— que se den a este problema, el de la neutralización debe resolverse, pensamos, indicándola mediante un signo convencional junto a cada palabra, mejor que mediante el recurso a semas indiferentes (funcionales y virtuales), propuesto por Trujillo.

Otra cuestión es la del establecimiento de las oposiciones en el interior del campo. Hay que apoyarse en procedimientos rigurosos, basados en la sintagmática (tipos de distribución) y la paradigmática (prueba de la conmutación), para evitar establecer determinadas ramificaciones, binarias o no, que dan la impresión de ser meras posibilidades fijadas apriorísticamente. Hay que atender a las que ha llamado Coseriu «dimensiones», que vienen a ser parámetros varios (a veces sobre clasemas), como en los paradigmas gramaticales. Hay que ver cómo están relacionados entre sí los diversos campos semánticos, cómo se jerarquizan hasta llegar a la subclase de palabras o al conjunto de subclases.

ACEPCIONES. — Dejando aquí el difícil tema relativo a la diferencia entre homónimo y acepción, no esencial para nuestro caso, nos limitamos a llamar la atención sobre los análisis del significado de las palabras, mediante el establecimiento de un árbol ramificado de acepciones, a la manera de Katz y Fodor⁷ y sus continuadores. La más superficial ojeada a uno de estos árboles hace ver su semejanza a aquellos otros que dan el esquema de los campos semánticos. ¿Es esto casual o no?

⁶ La Laguna, 1970.

⁷ «The Structure of a Semantic Theory», *Language* 39, 1963, pág. 170 sigs.

Un árbol como el tan repetido ejemplo de *bachelor* nos hace ver en las bifurcaciones lo que los autores llaman marcadores semánticos tales como «humano», «animal», «adulto», «joven»; otros subordinados a éstos se encuentran luego a lo largo de las ramas («no casado», «caballero», etc.). Existen luego los *distinguishers* o «rasgos distintivos» del tipo «que sirve bajo la bandera de otro». Aquí encontramos, en definitiva, clasemas y semas, esto es, rasgos distintivos más o menos genéricos; pero con la peculiaridad de que los clasemas funcionan al tiempo como géneros implícitos o sememas. Ésta es la verdadera distinción respecto a la organización de un campo semántico y lo que hace tan difícil y sujeto a arbitrariedad en el establecimiento de las ramificaciones el análisis de Katz y Fodor y continuadores. Pero, prescindiendo de esto, la comunidad de clasemas y marcadores semánticos de una parte y de semas y rasgos distintivos de otra, es patente; las vacilaciones de Geckeler⁸ deben descartarse. El carácter gradual de la diferencia entre unos y otros rasgos es igualmente patente. Pero esto nos enfrenta con el hecho curioso de que distinciones ya genéricas, ya específicas operan no sólo en los niveles superiores a la palabra, sino también en los inferiores. Y como sucede que las acepciones de que hablamos a veces intervienen aisladas unas de otras en los campos semánticos, todo esto añade complejidad al panorama.

Complejidad, pero también coherencia. No vale rechazar los análisis de los significados usados por la escuela americana por el hecho de que parezca más central el estudio de los campos semánticos. Ni cabe olvidarse de éstos. Una vez más, las distintas escuelas proceden con parcialidad. Lo que hay que hacer es tratar de trazar un cuadro de conjunto de los mecanismos y estructuras semánticas de la lengua. Los tres órdenes de clasificaciones léxicas de que estamos tratando operan, en efecto, con unos mismos recursos: luego han de estudiarse conjuntamente, ya que la lengua necesita de los tres.

II

La anterior exposición de problemas incluye al tiempo, creo que resultará claro, algunos intentos de interpretación de las diversas

⁸ *Ob. cit.*, pág. 231 sig.

estructuras lexicales. Lo más sencillo es operar con los rasgos distintivos y de ahí llegar a los paradigmas.

Los rasgos distintivos ofrecen toda una gradación, de mayor a menor generalidad. Distinguir tres tipos es tan arbitrario como distinguir cuatro o cinco; pero de alguna manera hay que clasificar. Un tipo superior es el de las oposiciones con mayor frecuencia en la lengua y, correspondientemente, con un contenido menos concreto: las oposiciones gramaticales, ya categorizadoras, ya funcionales, incluidas las que separan las clases de palabras. Luego vienen oposiciones de menor frecuencia y contenido más concreto, con ausencia ya de marcas formales sistemáticas: son las establecidas por los clasemas, que ofrecen toda una jerarquía completa. No sólo establecen los clasemas subclases de palabras los miembros de cuyas jerarquías inferiores son campos semánticos o partes de campos semánticos que también comprenden otras clases de palabras, sino que el clasema del campo semántico (o de una parte de él) se entrecruza con otros varios, que provocan la ramificación del campo en oposiciones varias entre las palabras o grupos de palabras que lo componen. La existencia de estos otros clasemas es la que posibilita la de géneros implícitos (o archisememas sin archilexema). Por otra parte, los clasemas vuelven a aparecer otra vez a un nivel inferior: ramifican en acepciones el significado de las palabras.

Así, si hay una jerarquía que lleva de la palabra al campo semántico y de éste a la subclase de palabras y a los niveles propiamente sintácticos, el principio de la clasificación genérica, representado por la existencia del clasema, actúa a todos los niveles infrasintácticos: en éstos, el carácter genérico de los rasgos distintivos es aún más acusado. Y también éstos intervienen en las clasificaciones inferiores. Pues un campo semántico admite dentro de sí una oposición gramatical (por ejemplo, la del género en los nombres de parentesco).

Con esto pasamos a los rasgos distintivos con valor inferior de generalidad, los semas: también dentro de ellos hay toda una jerarquía, en cuyo límite inferior está el sema de una oposición nunca repetida. Los semas se encuentran en las zonas inferiores de la ramificación de las acepciones de una palabra y de las palabras de un campo semántico. Inversamente, las oposiciones basadas en clasemas y semas tienen importancia sintáctica en cuanto las catego-

rías y funciones se escinden en subcategorías y subfunciones según la distribución lexical (subclases de palabras, palabras).

Por tanto, sin detrimento de su escalonamiento jerárquico, subclases de palabras, campos semánticos y palabras se estructuran desde el punto de vista del significado con recursos sustancialmente idénticos. Lo que sucede es que la subclase de palabras no admite entrecruzamientos con otras y su organización en subsubclases es menos rica y menos tajante que la del campo, por más que en éste a veces la claridad sea perjudicada por la existencia de géneros implícitos. En cuanto a la palabra, todos lo son y ésta es la gran diferencia. Además, con frecuencia se llega en realidad a la homonimia, es decir, a traspasar las fronteras de un determinado campo.

En lo relativo a los campos y las subclases, esta tendencia a romper fronteras se traduce en la no estabilidad de los mismos. Una palabra puede trasladarse de un campo a otro, de una subclase a otra; dos subclases pueden alternativamente funcionar como dos o como una sola neutralizando su oposición. Pero esto y lo relativo al establecimiento de las acepciones de las palabras y de las oposiciones dentro de los campos nos saca del terreno hasta aquí en cierta medida explorado y nos embarca en un programa de investigación que, por otra parte, sólo en mínima parte puede ser aquí emprendido. Este programa se refiere también a la exploración del establecimiento de subclases, de un modo sistemático, en una lengua cualquiera, a la de las relaciones entre subclases de un lado y sintaxis y acepciones de otros dos, etc.

III

Una buena vía de ataque, pensamos, para al menos algunos de los problemas planteados es la del estudio sintagmático, que aísla acepciones a partir de la combinación de rasgos gramaticales, clasemáticos y semas; bien que, evidentemente, cualquier hecho sintagmático tiene igualmente un aspecto paradigmático, menos fácilmente accesible, sin embargo.

Veamos, pues, las posibilidades de delimitar acepciones (incluyendo entre ellas, como hasta ahora, los homónimos: no planteándonos el problema de la distinción, mejor dicho) a partir de un estudio sintagmático de rasgos distintivos de los tres órdenes men-

cionados. Demos algunos datos procedentes, como anunciábamos al principio, de hechos griegos y de sus traducciones españolas; bien que haciendo constar que las traducciones no constituyen sino una primera aproximación al problema de las acepciones en la lengua de entrada (el griego en este caso), aproximación sobre la que hemos de volver después.

Una palabra gramatical puede escindirse en acepciones ya sobre la base de distribuciones en que intervienen distintas subclases de palabras, ya sobre la de otras puramente gramaticales. Así ὅς es 'que' tras verbos de lengua, 'porque' tras verbos de sentimiento: en uno y otro caso se añade el dato gramatical de la construcción con indicativo u optativo oblicuo. Pero el mismo ὅς es 'para que' simplemente con que vaya seguido de subjuntivo; 'de suerte que' si sigue el infinitivo, 'hacia' (es decir, funciona como preposición) si sigue un acusativo. Los rasgos sintácticos y los clasemáticos se combinan, pues, estrechamente.

Lo mismo hay que decir cuando se trata de acepciones de los lexemas. Un verbo ἀμύνω es 'apartar' en las siguientes construcciones: con dat. de persona y acus. de cosa, con acus. de cosa, con acus. de persona y gen. de cosa: en todos estos casos puede ir ya en activa, ya en media. Pero el mismo ἀμύνω es 'defender' en activa con dat. de pers. o con gen. de cosa; es 'defenderse' usado absolutamente en voz med.; y es 'vengarse' también en voz med. con un acus. de pers. o abstracto. Varios tipos de construcción en los que intervienen rasgos sintácticos y clasemáticos crean otra vez las acepciones; los sintácticos ya están expresados en la palabra, ya fuera de ella.

Un ejemplo latino nos va a hacer ver que este panorama representa todavía una visión simplificada. Sin tratar de dar una descripción completa del lat. *capio*, es claro que aquí hay que hacer una división entre las construcciones con sujeto de pers. y aquellas otras con sujeto de cosa. Con un sujeto abstracto y c. d. de pers. tenemos el sentido 'seducir' (*hunc capit argenti splendor*), que en los otros casos no se da. Hay, pues, dos factores en juego dentro de la distribución: el sujeto y el complemento (o complementos). Ahora bien, volviendo al caso en que el sujeto es de persona, se distinguen dos tipos sintácticos completamente claros: el de doble acusativo (con c. d. y adj. predicativo), que exige el sentido «tomar

como» (*hunc cepere arbitrum*) y el de solo c. d. Pues bien, en este segundo caso el sentido es a veces 'coger', a veces (con *loca, hostes, praedas*, etc.) 'apoderarse de'. Ahora viene la pregunta de si se trata de dos subclases del nombre, que habría que testimoniar fuera de aquí; o si hay que decidir con ayuda de un contexto más amplio (*manu*, por ej., aplica 'coger'); o si la diferencia de sentido está sólo en la traducción, no en el original. Y todavía otra cosa. Existen casos en que sólo la distribución propiamente lexical, no clasemática, da la clave: frases del tipo *captus oculis* 'con la visión dañada', *captae pecuniae* 'peculado', etc. Luego no sólo los rasgos sintácticos y los clasemas, sino también los semas intervienen en la fijación del sentido de las palabras en cuya distribución entran. Esto es mucho más obvio todavía en el nombre y el adjetivo.

Pero dejemos de momento los semas y volvamos a los clasemas y a las subclases de palabras que definen, pues constituyen el sector de la estructura del léxico peor estudiado y menos aún en relación con las acepciones. El estudio de las preposiciones para el *Diccionario Griego*, más una tesis doctoral en curso de realización de la Srta. Angeles Martínez Valladares dirigida por nosotros, nos ha convencido de que es posible realizar un análisis semántico de las mismas sobre base sintagmática con apoyo precisamente en los clasemas; este estudio puede completarse luego con el paradigmático, es decir, con el de ver en qué medida el conmutar una preposición por otra en un mismo tipo distribucional cambia el sentido del conjunto.

Prescindiendo de casos marginales, los diversos significados de una preposición rigiendo un determinado caso son definidos por un contexto distribucional que incluye las subclases de palabras del sujeto del verbo, el verbo y el régimen. Designando estos tres elementos por A, B y C, respectivamente, y proveyendo a cada una de estas siglas de subíndices referidos a una lista de subclases, pueden formalizarse todas las distribuciones posibles de una preposición seguida de un caso determinado; pues el caso constituye un primer contexto, el puramente gramatical, que subordina el otro. Éste es al menos el programa, pues en la práctica hay dificultades, derivadas principalmente de la estabilidad o variabilidad de las clases.

El punto de arranque más fácil es el que se apoya en la traducción; aunque, insisto, es un criterio que hay que someter luego a

nuevo estudio. Como se ha visto en los ejemplos de arriba, una misma traducción (al Español, en nuestro caso) puede referirse a más de un tipo distribucional. Por otra parte, hay que añadir las distribuciones en que no interviene un verbo: generalmente se trata de transformaciones que no añaden nada al sentido, pero hay también usos especiales.

Dejemos éstos ahora fuera de nuestra atención y pongamos algunos ejemplos del caso general. La preposición ἀπό, que lleva solamente genitivo, tiene una serie de usos caracterizados por llevar un sujeto de persona. A partir de aquí hay diversas posibilidades. Una muy frecuente estadísticamente es la que añade un verbo de movimiento y un c. d. de lugar (traducción 'de') o bien uno de origen y un c. d. de persona ('de', 'procedente de') o bien un verbo *accipiendi* y un c. d. ya de persona, ya de cosa, ya de lugar ('de'). Desde el punto de vista del español, se trata de tres distribuciones prácticamente sinónimas; pero desde el del griego es muy interesante observar cómo estas subclases verbales, estrechamente emparentadas por lo demás, seleccionan diversamente el c. d. Y más interesante todavía observar que una de ellas, los *verba accipiendi*, neutraliza la oposición entre las subclases nominales del c. d. De una manera inversa los verbos que indican situación neutralizan en el sujeto la oposición persona/lugar: en ambos casos la traducción es 'lejos de' (μένων ἀπὸ ἧς ἀλόχοιο Il. 2.292 'permaneciendo lejos de su mujer'; πόλις κεῖται ἀπὸ θαλάσσης Th. 1.46.4 'la ciudad está lejos del mar').

Volvamos a los sujetos de persona. No sólo pueden llevar verbos de movimiento o relacionados con ellos como los mencionados arriba, sino otros muchos. Sin intentar en absoluto una relación completa, refirámonos a los de acción o proceso. Con nombres de lugar dan a la preposición un valor 'desde'; con nombres de tiempo 'después de' o 'desde' (véase más abajo); con nombres de instrumento, materia o abstractos 'a partir de' 'con', pero se trata sólo de acción, no de proceso; etc. El último ejemplo hace ver que a veces intervienen subclases subordinadas a la de acción y proceso. Por ejemplo, los verbos relativos a procesos mentales, cuando van seguidos de un nombre de cosa dan a la preposición el sentido de 'desde' 'a partir de', los de 'colgar', etc. con nombre de lugar o abstracto, el de 'de'. Igualmente, una subclase depen-

diente de la de movimiento es la de los verbos de 'ver' 'decir' 'oir': con nombre de lugar dan el sentido 'de' 'desde'. Por otro lado, la delimitación de las subclases es a veces flotante: junto a la distribución nombre de pers./lugar + verbo de situación + 'de' 'lejos de' + nombre de lugar, hay otra en que se trata de lo que llamaríamos un «nombre de lugar figurado» de tipo θυμός 'ánimo', τρόπος 'carácter', etc., en cuyo caso se traduce 'lejos de', 'sin'. Más todavía: en ocasiones una subclase no está constituida por palabras, sino por palabras de otras subclases determinadas de alguna manera, esto es, por sintagmas. Así, siguiendo con ἀπό, la distribución que comienza como nombre de persona + verbo de acción + nombre de tiempo da dos traducciones al ἀπό, a saber, 'después de' y 'desde', dependientes de cuál sea ese nombre de tiempo: la segunda es con el nombre de tiempo acompañado de varios adjetivos que le definen o de varias indicaciones analíticas. Lo lexical adquiere así, al hacerse varios semas equivalentes a un efecto determinado, categoría clasemática. Y es curioso hacer notar que en el caso de los usos temporales de la preposición εἰς hay una clasificación paralela que produce los sentidos 'para' 'por' en un caso, y 'a lo largo de', en otro. El primer grupo lo integran plurales de nombres de tiempo, χρόνος con adjetivos, etc.; el segundo, neutros y nombres de tiempo con adjetivo.

Todo este panorama podría resumirse diciendo que las subclases elementales de palabras se repiten; que hay una jerarquía dentro de ellas; que a veces varias se neutralizan en determinadas distribuciones; que una palabra puede integrarse ya en una, ya en otra, según cuál sea el resto del contexto distributivo; y que las subclases, por su límite inferior, se degradan hasta convertirse en agrupaciones de sintagmas con definición principalmente lexemática, mientras que por el superior tienen trascendencia sintáctica.

Esta interrelación de sintaxis, subclases de palabras y acepciones se pone una vez más al descubierto en un trabajo dirigido por nosotros, la tesis doctoral de D. Javier López Facal sobre los casos adverbiales en Heródoto. No quiero insistir aquí sobre este punto. Sí me interesa recoger, en cambio, que las subclases de palabras que se deducen son fundamentalmente las mismas y el principio de su neutralización en determinados contextos continúa funcionando. Pienso que en una formalización de las estructuras distribucionales

como la propuesta más arriba se podría simplemente escribir A1-2 para indicar que en una distribución determinada las subclases 1 y 2 del nombre sujeto se neutralizan. Esto nos lleva a un programa de organizar la jerarquía y relaciones opositivas entre las subclases de palabras, lo mismo que hacemos en los campos semánticos.

El estudio mencionado aporta también luz sobre los límites de las subclases; aunque en realidad es una luz que hace ver lo difícil de tomar decisiones precipitadas. En Heródoto hay un dativo de movimiento que se traduce con 'a' y que se define por sujeto de persona + verbo de movimiento + dat. de persona. Pero es muy difícil separar este dativo del llamado de c. indirecto, también de persona. No es clara la existencia de una subclase de verbos, distinta de los verbos de movimiento, que defina a este dativo. Algunos están próximos a los de movimiento, otros más lejanos; la diferencia principal estriba en un nuevo dato, la presencia al mismo tiempo (al menos como posibilidad) de un acusativo y también en hechos paradigmáticos. Como siempre que queremos definir unidades gramaticales, llegamos a un límite en que el contenido de las mismas se nos escapa.

IV

Si hemos argumentado, para hablar de acepciones, con datos que se consideran sintácticos (diversos usos de los casos), ello demuestra que los principios con que funcionan Sintaxis y Léxico son esencialmente los mismos. Hablemos ahora, como habíamos anunciado, del problema de en qué medida, en Sintaxis como en Léxico, los usos o acepciones existen independientemente de la traducción a otra lengua: dicho de otra manera, de en qué medida todo lo establecido hasta aquí es válido para el Griego, independientemente de los usos del Español. Y también de algo que tiene estrecha conexión con este problema: las semejanzas y diferencias existentes a este respecto entre las lenguas, en nuestro caso entre el Griego y el Español.

Sucede que con frecuencia dos tipos de distribución diferentes del Griego dan igual traducción de la preposición $\alpha\pi\acute{o}$ —para seguir con nuestro ejemplo— en Español y que, otras veces, el Español

puede oscilar entre una traducción común ('de') y otras diferentes, propias de los distintos tipos ('desde', 'de entre', 'a partir de', etcétera). ¿Es esto suficiente para deducir unidad o escisión del significado, respectivamente, en Griego?

Para resolver este problema, en la medida en que pueda resolverse el de si se deben asignar tales diferencias a una palabra o al conjunto del sintagma, pienso que podrían emprenderse dos vías de ataque. Una es la siguiente. Es fácil observar que cuando las diferencias de traducción entre los distintos tipos distribucionales son solamente graduales, como en el último ejemplo que hemos puesto, dichos tipos distribucionales están relativamente próximos. La traducción 'de' de ἀπό en coexistencia con otras más o menos próximas es propia, en definitiva, de tipos distribucionales con sujeto de persona y con un régimen no de tiempo. Cuando éste interviene, tenemos 'después de' o 'desde': 'de' es imposible. Si el sujeto neutraliza la oposición nombre de persona/de lugar, la traducción es 'lejos de'. Pero, sobre todo, el ἀπό agente que se traduce por 'por' y en ningún caso por 'de' tiene una distribución esencialmente diferente: es la única que neutraliza en el sujeto la oposición persona/cosa, la única que lleva un verbo pasivo, la única que tiene un régimen exclusivamente de persona (con excepción del tipo suj. de pers. + verbo de movimiento + régimen de persona, muy diferente, donde esta persona va forzosamente en plural). Es claro que aquí al menos sí que hay una diferencia de significado. Y que, como también en Español la distribución es muy diferente, existe un cierto paralelismo entre las dos lenguas.

Este paralelismo, lo hemos dicho, no es absoluto. Podríamos, por ello, tentar una segunda vía para el análisis de los significados y, por tanto, el establecimiento de las acepciones. Consistiría en fijar los tipos elementales de distribución, prescindiendo de la traducción. Estos tipos mínimos sólo pueden establecerse teniendo en cuenta las recíprocas selecciones. Así, hay que descartar la tentación a considerar equivalentes, en Griego, los verbos de movimiento, de origen y *accipiendi*, por más que todos ellos lleven sujeto de persona o motiven una traducción de ἀπό por 'de'. Efectivamente, cada uno de estos grupos selecciona de una manera diferente el régimen de la preposición: en un caso es un nombre de lugar, en otro de persona (en pl.), en el tercero neutraliza la persona, la cosa y el

lugar. No cabe duda de que el significado de la totalidad de cada uno de los mencionados tipos distribucionales resulta afectado. En qué medida se realiza un análisis que proyecta sobre la preposición parte de esa diferencia de significado, es otro problema. Al menos potencialmente —hemos explicado en otro lugar que la comprensión de la lengua es sintética, sólo como último recurso se recurre al análisis—, pienso que se dan diferencias de significado. Hay una gradación desde este caso a aquel otro en que la diferencia formal es tan clara que automáticamente tiene un reflejo en el significado.

Nos encontramos ante la gran madeja, el círculo vicioso con que siempre chocamos en última instancia al tratar de problemas de significado. Nuestro análisis se basa en fijar subclases de palabras de fundamento en gran parte semántico, aunque también formal (dependiente de hechos sintácticos, tipos de distribución, etc.). Las fijamos, pues, después de una comprensión previa del significado de conjunto, que tratamos de analizar luego. Pero así es siempre el análisis lingüístico: sólo dando vueltas al círculo se logran soluciones coherentes. Y rectificaciones ocasionales, como son las neutralizaciones de oposiciones entre subclases o las discrepantes clasificaciones de unas mismas palabras: aquí hechos distribucionales divergentes llevan a concluir clasificaciones léxicas diferentes. Por otra parte, está claro que las bases del sistema son idénticas en Griego y en Español y que las subclases son al menos en buena parte comunes, sea ello producto de herencia común indoeuropea o, mejor, resultado de una tradición cultural que continúa marcando su presencia en todas las lenguas europeas. Desde un cierto punto de vista son éstas una sola lengua; y en ningún aspecto se ve esto más claramente que en el relativo a las subclases de palabras, cuya organización se refiere a una concepción común, consciente o inconsciente, del mundo.

V

La sintagmática pone ante nuestra vista un juego de interdependencias en el establecimiento de unidades, de las subclases de palabras a las acepciones, mientras que la paradigmática establece una jerarquía entre esas unidades: de las sintácticas a las lexicales y,

dentro de éstas, de las subclases de palabras a los campos semánticos y a las acepciones de la palabra, pero con un uso a distintos niveles de unos mismos rasgos distintivos. De ahí la complejidad, ya esbozada, del problema del establecimiento de los campos semánticos. Diremos algo más sobre esto.

Si el campo semántico consistiera simplemente en una estructuración mediante palabras, de una vez para siempre, de una subclase de las mismas, mediando oposiciones basadas en rasgos distintivos de un nivel diferente al de los que intervienen en los niveles superiores y en el inferior, la cosa sería de una facilidad elemental. Ya hemos visto que no es así: que unos mismos rasgos distintivos operan a niveles diferentes. Y que no hay una estabilidad absoluta en los campos.

Lo más curioso de todo el fenómeno es lo siguiente. Para no hablar de las cadenas, los árboles de un campo semántico introducen una serie de subdivisiones sucesivas que añaden rasgos distintivos específicos a los genéricos (semema) del campo. Podríamos suponer a priori que estos rasgos o semas específicos son especializaciones dentro del área semántica común. Es más, puesto que el árbol de acepciones de una palabra es una constelación perfectamente comparable a un campo semántico, si se prescinde de los homónimos y se quitan las diferencias que más arriba hemos hecho notar, podría igualmente pensarse que, dentro de un campo, los terminales constituidos por las palabras pueden a su vez ramificarse en las acepciones propias de las mismas. Pues bien, ni lo uno ni lo otro es así.

Es cierto el principio de que todas las palabras del campo tienen semas comunes: pero los diferenciales pueden ser buscados fuera de él, a saber, en el nivel sintáctico, en el clasemático, en otros campos diferentes. E igual sucede con las acepciones de las palabras de un campo. Éste tiene algo de común, como lo tienen entre sí las acepciones de una palabra; pero se interfieren simultáneamente otras clases de diferente o de igual nivel. Todo esto plantea problemas graves para la delimitación de los campos y para el establecimiento de su estructura interna.

Una solución, ya lo hemos dicho, es quedarnos con un sentido «fundamental» de las palabras y atribuir a su virtúema todo lo que depende de distribuciones anómalas. Pero esto no es suficiente por-

que en esas distribuciones la palabra puede pertenecer propiamente a otro campo semántico. Es decir, habría que atribuir a cada campo no palabras, sino acepciones de las mismas. Pero esta escisión de la palabra también tiene sus inconvenientes. Podría admitirse, todo lo más, si pudiéramos representar los campos en un espacio de múltiples dimensiones, destinadas a los distintos campos y en cuyas intersecciones estuvieran situadas las palabras pertenecientes a varios de ellos según las distribuciones. Pero aun esta representación dejaría sin considerar las relaciones internas de las acepciones de las palabras.

Pensamos que una palabra debe incluirse en tantos campos como sea necesario, pero que al trazar el esquema de uno cualquiera de ellos debe introducirse toda palabra comprendida dentro de un género explícito o implícito del mismo, por más que la diferencia específica se base en rasgos ajenos al campo en cuestión, sean sintácticos, clasemáticos o propios de otro campo diferente. Por ejemplo, dentro del campo de la Vida en Homero, tal como lo ha establecido D.^a Elvira Gangutia, hay no sólo βίος 'vida', sino también un género implícito opuesto que incluye el rasgo distintivo 'hacienda': se escinde en 'hacienda' (+), representado por ζωή, y en 'vida + hacienda' (—), representado por βίσιος. Esto no es obstáculo para que estas dos palabras puedan también ser incluidas en el campo de los bienes de fortuna: ambos se entrecruzan y en realidad una palabra como βίσιος representa una neutralización de la oposición de los mismos. Dentro del mismo campo de la Vida, la oposición ψυχή/αίων introduce un rasgo de tiempo, propio de otro campo; y la de μένος/θυμός está fundada en un clasema, el que opone una neutralización de las subclases del nombre a una subclase de los seres vivos.

Así, una palabra no solamente puede pertenecer simultáneamente a más de un campo a través de sus diversas acepciones, sino también a través de una neutralización de la oposición entre los mismos: igual que hay neutralizaciones ocasionales de las subclases de palabras. Como hay el paso de una palabra de un campo a otro mediante el desarrollo de una nueva acepción y los procesos de la polarización, etc. que hemos estudiado en otros lugares. De este modo se puede seguir el nacimiento y el desarrollo de campos semánticos completos, así como su regularización o desintegración.

El estudio de D. Carlos Roura sobre el campo semántico del tiempo en Griego arcaico y clásico⁹ hace ver esto muy claramente.

El principio fundamental para el estudio de los campos semánticos debe ser, pensamos, atenerse a los hechos distribucionales y paradigmáticos de la lengua estudiada, sin definir previamente el campo mediante un concepto establecido *a priori*. Es cierto que en nuestras lenguas los campos semánticos, al igual que las subclases de palabras, tienden a coincidir *grosso modo*: pero hay diferencias internas. Y en otras fases de la historia lingüística, los mismos límites de los campos son muy diferentes. En suma, como la presencia simultánea de los opuestos en un mismo texto es rara, hay que servirse de la prueba de la conmutación, y sobre todo de la tipificación de los contextos distribucionales en forma parecida a la expuesta antes en relación con la fijación de las subclases de palabras y las acepciones. Cuando se piensa que intervienen géneros implícitos (falta del archilexema), el problema es más delicado todavía.

Mi estudio sobre «El campo semántico del amor en Safo»¹⁰ puede ejemplificar alguno de estos puntos de vista. El estudio de la distribución de los verbos de 'amar' muestra que esta traducción nuestra no es absolutamente exacta: los c. d. amplían el concepto del 'amor' al deseo de las cosas bellas; por otra parte, todo el campo es una especialización del más amplio del deseo. Pero no es sólo esto, sino que uno de los verbos que traducimos por 'amar', φίλημα, alía a los complementos de los demás otros de las personas del círculo familiar e implica además una reciprocidad muy diferente de la radical oposición del amante y el amado en los demás casos. Dicho de otro modo: el verbo φίλημα y palabras relacionadas con él, como φίλος 'amigo' 'amante' 'amado', son comunes al campo del amor y al de las relaciones familiares. En ciertos usos la distribución determina si se trata de lo uno o de lo otro: en otros diferentes la distribución no decide, lo que quiere decir que hay una zona neutralizada en que ambos puntos de vista coinciden.

⁹ Tesis doctoral inédita, Madrid, 1970.

¹⁰ *Revista Española de Lingüística*, 1, 1971, pág. 5 sigs.

VI

Ideas parecidas a éstas podrían exponerse en lo relativo a las acepciones, a las que volvemos, cerrando el círculo, al concluir nuestro trabajo. Aquí la abertura de la lengua, el entrecruzamiento de las clasificaciones, los hechos de neutralización, etc., son más frecuentes que nunca; el establecimiento de la estructura de las acepciones de una palabra, más delicado también que nunca. Los problemas de límites, al no haber formalización interna que refleje las diferencias de sentidos, son omnipresentes. Aquí es donde se encuentra el punto de arranque de la evolución del significado, ya por influencia de clasificaciones superiores, ya por desarrollo de nuevos semas destinados a su vez a influir en la definición de esas unidades superiores. A nivel sintagmático, las selecciones son recíprocas y no es cierto que el sujeto seleccione el verbo o viceversa, como se ha propuesto a veces.

En forma solamente tentativa, como anunciábamos, hemos intentado pintar un panorama de los rasgos distintivos de nivel infrasintáctico y de las unidades de diversos órdenes que con ayuda suya se crean. La naturaleza misma de los hechos léxicos, sin formalizaciones sistemáticas y dotados de gran apertura, hace este estudio difícil. Pero precisamente es esa apertura y variabilidad, esta interconexión de niveles lo que hemos querido poner de relieve. No es esto negar la existencia de las estructuras, sino lo contrario. Son estructuras delicadas y complejas, sometidas a variaciones de fundamento distribucional e individual, pero que, precisamente por conjuntar elementos diversos, son útiles a la expresión de contenidos menos genéricos que los de la Sintaxis, incluso de contenidos individuales. Pensamos que todo el panorama debe abarcarse en conjunto y que no hemos de limitarnos, como suele hacerse, a unos u otros aspectos de él, por más que, en virtud de la interconexión de que hablamos, un conocimiento incluso parcial de las oposiciones léxicas puede proyectar luz sobre las zonas no estudiadas directamente.

El estudio estructural del léxico está solamente comenzando. La exploración teórica es insuficiente y la recogida de datos, que en buen método es indispensable, más todavía. Pese a las dificultades

que, aquí más que en ninguna parte, ofrecen las lagunas en la estructuración, la ausencia de formalización, la inseguridad de los límites y fronteras, estimamos que es un campo de trabajo que ofrece resultados fructíferos tanto para el conocimiento de cómo funcionan los mecanismos de la lengua como para el de la visión del mundo que subyace a tales o cuales lenguas, rebasando con frecuencia los límites de una sola de ellas.

FRANCISCO R. ADRADOS